

A PROPÓSITO DEL BICENTENARIO: SIETE LECCIONES DEL CENTENARIO

Miguel Laborde
Artes y Letras, El Mercurio
9 de Septiembre de 2001

El año 2010 es una oportunidad para diseñar el futuro del país. Una mirada a lo que fue el Centenario de 1910 permite sacar consejos útiles para limpiar, renovar, expurgar y soñar.

La primera lección es de solidaridad. Cuando se traspone el 1900 y asoma la fecha conmemorativa en el horizonte - e incluso antes- desde muchos rincones y escenarios sociales emergen iniciativas para beneficio de Chile.

No se espera qué hará la comisión oficial, los agentes civiles no se inmovilizan a la espera de lo que hará el gobierno, ni las regiones enmudecen hasta oír qué dirá la capital. Todos, partidos políticos, gremios, la Iglesia, auscultan el país y se echan encima una responsabilidad. Si hoy se habla de un Estado que privilegie el dejar espacio a los individuos, y se concentre en garantizar y cautelar derechos, aquí se ve cómo emerge la creatividad cuando se dan los espacios.

Es por eso que al estudiar el Centenario la imagen es tan dinámica. Y es que hay muchos proyectos diversos, incluso contradictorios, lo que sin lugar a dudas benefició al país. Que algunos siguieran con su retina fija en París, y que por ello las grandes obras sean afrancesadas, no obsta a que los pintores de la generación del 13 descubran, al mismo tiempo, las casonas coloniales, sus tejas y gruesos portones de madera clave-teados de bronce. O que el arquitecto Luciano Kulczewsky diseñe una mansión Art Nouveau en plena Alameda, actual sede del Colegio de Arquitectos, con elementos de la flora nativa en su ornamentación.

Eso es Chile, una diversidad, y el proceso lo refleja.

La solidaridad no es abstracta; hace diagnósticos, jerarquiza valores y afronta tareas. La sociedad mira su entorno y coincide en que la llamada "miseria infamante" es la lacra menos perdonable. En especial, sus consecuencias en los niños. La ciudad, en plena urbanización e industrialización, se ha rodeado por entonces de ranchos miserables, donde sobreviven o mueren miles de chilenos cada día. Al margen de cinismos y escepticismos se emprenden acciones que, si son incapaces de vaciar el océano de pobreza, hacen una diferencia para miles de personas.

¿Con qué armas se lucha?

Con las mismas de hoy: vivienda, salud, familia...

El proyecto del diputado Francisco Rivas de crear un "Patronato Nacional de Habitaciones Obreras" (1910); el hospital público para niños que impulsa el pediatra Roberto del Río y que financia Manuel Arriarán; los trabajos de la doctora Eloísa Díaz en pro de "La Alimentación de los niños pobres en las Escuelas Públicas", las denuncias de Nicolás

Palacios, José María Caro - el futuro cardenal- y Víctor Domingo Silva sobre las condiciones de vida en las oficinas salitreras, la novela "Juana Lucero" de Augusto d'Halmar sobre la miseria obrera, las denuncias de Baldomero Lillo y Diego Dublé Urrutia por el trabajo en las minas subterráneas de carbón, las de Samuel Lillo ante las reservaciones mapuches, o las violentas acusaciones de Alejandro Venegas por el mundo fatigoso del inquilino en el Valle Central permiten al Chile de la época conocer, como si se tratara de informes sociológicos, el modo de vida de las grandes mayorías de chilenos. Artistas académicos universitarios, aportan decisivamente; como lo dice Neruda de los pintores, pero es válido para todos, "agrupando para nuestra eternidad nacional el tesoro común decantado por el sufrimiento y el olvido...".

Debe mencionarse a Carlos Concha Subercaseaux; se toman en serio las encíclicas sociales, y viajará a Europa en busca de políticas sociales que fomenten la armonía entre las clases y eviten la violencia entre ellas. Todo alentará la dictación de políticas, donaciones filantrópicas, la creación de instituciones. Al margen de los escasos avances, habrá menos abandono social y un comienzo de construcción social integrado.

En el Centenario entró fuerte la campaña contra la falta de higiene pública y privada, que era un mal central de la época. El alcantarillado de Santiago (1906), las denuncias de la prensa por aguas o suelos contaminados, la acción pública de los médicos irán educando a la población y salvando vidas. No quiero, antes de seguir adelante, aparecer sugiriendo que el país era el que así actuaba, porque no es así. Ni la masa de la oligarquía afrancesada y distante ni la incipiente clase media que recién se conformaba - lo hace, justamente, en torno al Centenario- ni las masas obreras que recién comenzaban a organizarse fueron actores protagónicos. Es un movimiento de líderes; pero, insisto, volviendo al inicio, la gracia es que hay líderes en todos los ámbitos.

Un desafío integral

Una segunda lección apunta a la capacidad de mirar el Centenario como un desafío integral, que toca la cultura, el espíritu, que tiene que ver con el sentido de la vida, con la identidad de Chile y su sumisión a las pautas europeas.

Nuevamente, los ejemplos podrían ser decenas, por lo que nos limitaremos a mencionar algunos. Por supuesto, el Grupo de los Diez, que asume la representación del arte nacional, pintará flores y frutas locales, buscará una arquitectura que se aleje de los agudos techos pensados para las nieves de Londres, que será capaz de propiciar óperas llamadas Caupolicán y Lautaro; también, la Heroica Capitanía de Pintores que se acercará a ambientes populares, personajes indígenas, la flora local y el ambiente de los bosques australes.

Para seguir con la creación de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía por Enrique Matta Vial, la Historia de la Civilización de la Araucanía escrita por Tomás Guevara, la fundación de la Sociedad Folclórica de Chile por parte de Ramón Laval son sucesos que marcan un punto de quiebre en la cultura chilena. Y la publicación de "La Conquista de Chile en el Siglo XX" sobre el papel de los capitales extranjeros, y de la Geografía Económica de Chile, obra de Luis Galdames.

Es decir, la Generación del Centenario se preguntó cuál es el Chile que tenemos, y todas sus obras apuntaron a tratar de avanzar en la creación del Chile que queremos. Aunque, como indicáramos, las imágenes de futuro fueran distintas. Quiero destacar que no se

desgastaron en definir la identidad nacional. Por lo demás, cada sociedad se recrea, se reinventa, se transforma radicalmente una y otra vez; y en ese proceso hace su identidad, en un flujo que se mueve.

Hay que valorar, entonces, que en el Centenario hubo un equilibrio entre el pensar y el hacer. Es más, la Comisión del Centenario es sólo un puntal, ni siquiera tan relevante, porque, como ya está dicho, cada región, gremio, partido, trabajó por el Centenario al margen de la comisión. Hubo una emoción que recorrió el país, lo que da un aura de notable belleza a ese momento de Chile.

¿Que cómo se interactuaba con la técnica europea, con los avances del momento? A partir de un Chile que se siente bien situado en el mundo, con un lugar propio, y que se quiere productivo, sano y culto. Hay cierta idolatría del progreso, ante la llegada del automóvil, de los tranvías eléctricos, pero son tecnologías aplicadas a una visión del país, bien integradas.

En este sentido quiero señalar tres obras emblemáticas: el Museo de Bellas Artes, la Estación Mapocho y la Biblioteca Nacional. Arte, progreso, cultura fueron así homenajeados como partes insoslayables del Chile deseado. Son previsibles el museo y la biblioteca, templos del mundo occidental del siglo XIX, parte de una vasta y ambiciosa labor que encabeza Enrique Matta Vial para quien Chile debía tener Escuela de Bellas Artes, Archivo Nacional, Observatorio, Museo de Historia Natural y Conservatorio de Música, además de Palacio de Bellas Artes y Biblioteca Nacional, impulsando o fundando incluso cada uno de manera significativa.

Destaquemos la Estación Mapocho. Marca una conciencia del territorio, la idea de que Chile debería ser una país articulado por vías férreas que atravesaran su topografía. En la Exposición Mundial de Buffalo, 1901, Chile presenta su estructura férrea como una creación que organiza el territorio. Poco después, apenas llegan los aviones Bristol - permiten volar a más de 5 mil metros- , Dagoberto Godoy cruza la Cordillera de los Andes. Es una fiebre de conocimiento de los espacios interiores y las fronteras, lo que culmina con los primeros mapas científicos completos de Chile, los que acelerado prepara Luis Risopatrón para alcanzar a tenerlos en 1910.

Hay aquí un orden, un proyecto-país. Y decir proyecto-país es decir sociedad que los sustente, fe en la interacción social, capacidad de orquestar voluntades tras grandes metas, impulso de aventurarse en empresas de mediano e incluso largo plazo. Tal parece que las naciones -y también las ciudades- se desarrollan mejor cuando se discuten proyectos, se alcanzan acuerdos y se suman energías en una misma dirección. El equilibrio surge en un punto ubicado entre el individuo y la sociedad, entre el vecino y su ciudad.

Las ciudades, claramente, necesitan de orientaciones, imágenes que orienten las actividades, más que Planes Reguladores. Así se expresa la capacidad, placentera, de crear ciudad, al orquestarse una generación en torno a una gran obra que quedará impresa en la memoria colectiva, agregando belleza al entorno y haciendo historia.

Queremos, como en 1910 - y yo creo que públicos y privados estamos todos de acuerdo- , salvar trozos patrimoniales del pasado y asomarnos a construir una fracción del futuro. Alzar un espejo, en que podamos vernos, y con el que podamos hablarle al futuro.

Pluralismo

En esta interacción, y ésta es una tercera lección del Centenario, hubo pluralismo. Así como aparecen obreros y mineros, indígenas y niños, como sectores necesitados de especial ayuda y protección, también los jóvenes carentes de educación y las mujeres fueron sujeto y objeto de acciones. Los impulsos a la enseñanza agrícola e industrial y comercial, los estudios para hacer educación diferenciada en las zonas mineras o agrícolas, son decisivos. Sin educación, los jóvenes de Chile jamás podrían ser verdaderos actores de su historia, jamás podrían romper los cordones de la pobreza. Los universitarios, en iniciativas como la Universidad Popular José Victorino Lastarria, serían maestros -sin honorarios- de sus coetáneos.

En cuanto a las mujeres, las habrá que inicien un movimiento feminista en 1903, las que busquen libertades - se congregarán en clubes de Lecturas y clubes de Señoras- y la Liga de las Damas Católicas que asumirá el mismo rol moral que se le asignaba a la mujer en la familia, pero ahora también frente a la sociedad, propiciando la familia regular, un matrimonio bendecido que constituya un núcleo de poder capaz de evitar pobreza extrema, desnutrición, trabajo infantil, hacinamientos que causan violencias sexuales o psicológicas, muertes de parto de mujeres que daban a luz sin asistencia. Con líderes y revistas propias, las mujeres también tendrán la palabra.

Interactuar con el pasado

Una cuarta lección es que en 1910, además de las imágenes de París, hubo también la capacidad de interactuar con el pasado. La clase media se construirá enarblando las raíces indígenas, de lo que ya señalamos ejemplos en la etnología, la historia, la música, pero también, y luego de un siglo de una oligarquía volcada a Francia e Inglaterra - en que la cultura chilena se va a escindir esquizofrénicamente entre cultura libresca y cultura oral, u oficial y popular- , los creadores de la clase media descubren España y lo colonial, los escritores de la generación del 98 y la zarzuela. Incluso, se inaugura una Avenida España. Agreguemos, por lo demás, que se aprovechó la oportunidad para alzar varios monumentos a personalidades del siglo anterior, como Blanco, Zenteno y Camilo Henríquez.

Fue como un aseo general, de primavera, en que se sacaron muebles, alfombras y lámparas al jardín, todo se miró, y algunas cosas pasaron al basurero de la historia, pero otras, antes olvidadas, pasaron a ocupar sitios de privilegio.

El pasado es necesario. Si algunos se preguntan qué celebraremos el 2010, para qué celebrar algo, es la historia de este siglo la que puede respondernos. Por dar un ejemplo, quiero recordarles que la Generación del Centenario, la que estuvo agrupada en torno a los jóvenes del Partido Radical, casi de inmediato comenzó a construir su utopía gracias al ingreso de Aguirre Cerda, en 1920, al gabinete de Alessandri Palma; el propio mandatario, secretario de Samuel Lillo en el Ateneo que tenía su sesión semanal para pensar Chile en los años previos al Centenario, había absorbido a chorros la mentalidad del Centenario.

Con ese Alessandri, e irradiando los gobiernos de Ibáñez del Campo y los de los radicales, Chile ofrecerá un modelo de modernización tecnológica con impulso al arte y la cultura, en un clima de tolerancia política que iluminó a muchos gobernantes del

subcontinente. No olvidemos al Neruda que, con "Alturas de Macchu Picchu", le dará una poética a ese sueño de construir una América Latina nueva.

Luego, los tres tercios del país, así como la tríada Frei Montalva, Allende y Pinochet, por distintas razones y en distintos momentos, encabezan búsquedas que estarán a la vista de todo el mundo occidental, incluyendo el modelo de transición a la democracia con Patricio Aylwin. Ha habido errores y abusos, muertes y claros gérmenes de corrupción, pero si no somos capaces de consensuar una historia -incluso con fines educacionales- seremos incapaces de celebrar el 2010. Como país habremos perdido una oportunidad histórica.

Sin complejos...

Una quinta lección del Centenario es la grandeza de su mirada. No hay complejos de inferioridad, fue una faena de perros grandes. Si la poesía y el ensayo nos dicen que en Chile se vive con un dolor profundo, con la vaga sensación de haber perdido el paraíso, de ser aquí unos desplazados de la verdadera vida, los hombres del Centenario, claramente, no eran así. No se sentían huérfanos, no arrastraban resentimientos, no buscaban culpables de lo que fuera, no se sentían discriminados. Por el contrario, hay en ellos una gozosa plenitud de vida, una valoración del país, un orgullo de sus gentes y logros, lo que nos hace verlos como psicológicamente sanos, normales. Ni dueños del mundo, ni esclavos fatalistas de algún destino aciago.

Intelectualmente herederos de Lastarria, Portales, Tocornal y Vicuña Mackenna, no se achicaron ante nada.

No es casualidad que la clase media ascienda con Alessandri Palma, y que él mismo haya convocado a su gabinete - como anticipáramos- a un muy joven profesor Aguirre Cerda, el que más tarde será capaz de planificar la industrialización de Chile y las represas hidroeléctricas, la búsqueda de petróleo en Magallanes, el desarrollo de la industria forestal y la industria pesquera, el acero de Huachipato y las gigantescas elaboradoras de madera en Neltume. Sería bueno, por la historia y nuestra cultura, advertir que tenemos una tradición hilada y coherente, que nos recorre de siglo en siglo. Es un patrimonio, éste de las políticas públicas, de los mejores que tenemos.

Expresión urbana

Sexta, de estas lecciones del Centenario, es que tuvo una expresión urbana poderosa. Fue capaz de construir imágenes del futuro y transformarlas en realidad porque, si se hablaba de tolerancia, respeto, encuentros, debíanse crear templos para la cultura y la ciencia, espacios para la sociabilidad, lugares donde fuera posible el lenguajear que es razón y epicentro de una ciudad.

Ya citamos la biblioteca, el Bellas Artes, la estación; agreguemos el Palacio de los Tribunales de Justicia que no alcanzó a estar a tiempo, el Instituto de Ingenieros que se inaugura en 1910, al agua potable y el alcantarillado, las calles principales pavimentadas e iluminadas, la Catedral remozada para el Te Deum del Centenario, el centro comercial Gath y Chaves, los tranvías eléctricos, la cancha pública de patinaje, el restorán de los Cousiño en la Quinta Normal y, por supuesto, el Parque Forestal al que irán todas las familias endomingadas, la población de la ciudad, a pasearse sintiéndose ciudadanos del mundo, protagonistas del siglo.

Y la Virgen del San Cristóbal que le da una blanca luz, trascendente, a toda la ciudad.

Fiesta "a la chilena"...

Lección séptima; hay un aspecto fundamental, la tendencia a ambicionar el Paraíso y criticar ácidamente toda imperfección; el Paraíso o nada parece ser la consigna chilena. No nos basta, como a los sajones pragmáticos, mejorar las cosas, paso a paso, en busca del perfeccionamiento; queremos la perfección y ya, total. Es un tema casi moral, salvarnos de nosotros mismos, del dolor de vivir y nuestras culpas, construyendo el Paraíso. Cada nueva ideología o mentalidad nos seduce; es una esperanza de regresar a ese lugar que nunca debimos abandonar, o que nunca debimos permitir que nos robaran; de cuando habitábamos el Paraíso.

El chileno arquetípico es un ser complejo, hasta contradictorio, sufrido, aguantador, resignado, fatalista, inconformista, que aguanta con cierta dignidad todos los esfuerzos que le trae la vida cotidiana en este duro territorio porque, en algún momento, ante él aparecerán las puertas del paraíso. Vivos o muertos para allá vamos todos, aperrando. Estoico y melancólico, el chileno camina.

Este espíritu no es muy festivo que digamos, pero habrá que plantearse que esta es fiesta a la chilena; ni colombiana, ni mexicana, ni brasileña. El horizonte del 2010 no tiene un carnaval como signo sino una serie de tareas; y es que, intuición correcta, somos mejores en el trabajo que en la fiesta. El trabajo que no es castigo, el que salva del individualismo y la soledad, el que tiene también sus propias fiestas – la siembra y la cosecha- , el que una vez cumplido permite celebrar con la moral liviana, en paz, con íntimo bienestar.

En consonancia con lo anterior, hay que anunciar que estamos ante una tragedia. Esta es la que moviliza nuestra sensibilidad, la que hace caer tantos celos y desconfianzas, la que nos abre a la solidaridad. Hay que ilustrar la realidad de millones de chilenos que, si no cambian su calidad de vida en esta década, difícilmente estarán en el escenario de la fiesta. Esa tarea moral debe alentarse. Que todo chileno esté en condiciones de celebrar...

Este desafío moral debe tener el carácter de un laboratorio para el siglo XXI. Si tanto se habla de tolerancia, convivencia, consenso, ésta es claramente una oportunidad de interactuar, superar antagonismos, unir fuerzas en proyectos que traspasen barreras.

La ciudad es decisiva. Si no hay lugares de encuentro, espacios urbanos, si sólo hay guetos y distancias, la pobreza es lejana, ajena, indiferente, no me tocan sus causas ni consecuencias, no me implican en un proyecto de vivir juntos, trabajar juntos, salvarnos juntos del hambre, la enfermedad, el dolor, para conquistar una vida más plena, con espacio y tiempo para la emoción, la alegría, las acciones que nos empujan, gracias a ese ambiente, a revelarnos y rebelarnos. A atrevernos a ser nosotros mismos.

Los desafíos, la acción, son necesarios para conocernos o, también y tal vez más, para construirnos. Una gran meta, como el Bicentenario, electriza, despierta energías, si hay liderazgo y proyectos. Aquí, en esta tierra que no ha descansado en la búsqueda moral de crear un habitar más justo, que no ha descansado en su reclamo por todo lo que nos distancia del paraíso, el Bicentenario es una gran oportunidad.

De todo lo humano, los chilenos hemos escogido una tarea muy central, esencial. Tenemos la alta ambición de creer que éste es el desafío del hombre en la tierra, el de evocar y restaurar el orden de belleza y verdad, de armonía y placer, que encontró el ser humano en el despertar de la Creación, al recorrer el planeta. Cuando el mundo, recién virgen, era todavía reflejo del otro mundo. Cuando el acá y el Más Allá no tenían límites.

Extracto de la conferencia dictada en el Seminario Centenario-Bicentenario, organizado por la Universidad del Desarrollo

Bajada de fotos:

Hubo un orden, un proyecto-país. Y decir proyecto-país es decir sociedad que los sustente, fe en la interacción social, capacidad de orquestar voluntades tras grandes metas, impulso de aventurarse en empresas de mediano e incluso largo plazo. Inauguración del Trasandino. La Comisión en Río Blanco. 1910.

Ni la masa de la oligarquía afrancesada y distante, ni la incipiente clase media que recién se conformaba - lo hace, justamente, en torno al Centenario- , ni las masas obreras que recién comenzaban a organizarse, fueron actores protagónicos. Es un movimiento de líderes". Ceremonia de la colocación de la piedra fundamental del monumento a la Independencia, en 1910. Preside el vicepresidente, Emiliano Figueroa.